

manecido tan hermosa, tan rara, tan diferente del noble compañerismo con cuyo nombre la mayor parte de los hombres la designa. Nunca te he hablado de ninguna de mis queridas. Tampoco he pretendido saber nada de las tuyas. Todo esto, gracias á Dios, ha quedado fuera de nuestro cariño.

—No sigas—dijo vivamente Pedro—. No conozco tus recuerdos, pero debe de haber alguno que te sea sagrado. Si nunca te he preguntado nada del secreto de tu vida sentimental, sábelo bien, Olivier, ha sido por respeto á ella, no por nuestra amistad, no. Esta amistad no hubiera sufrido por asociarse á los bellos, á los profundos amores. No te calumnies, no me digas que tú no has tenido amores de esta clase... No los maldigas.

—¡Bellos amores!—respondió Oliver con singular ironía—. No sé lo que quieren decir esas dos palabras juntas. Yo he tenido queridas más de una, y cuando en ellas pienso, todas me representan los grandes deseos, seguidos de los más grandes hastíos; posesiones envenenadas por terribles rencores; acres sensualidades saturadas de celos; muchas mentiras oídas, muchas pronunciadas, y ni una emoción, ni una sola, ¿comprendes? que yo querría resucitar; ni una dicha, ni una nobleza, ni una plenitud de goce! ¿De quién es la falta? ¿De las mujeres que he encontrado ó de mí mismo? ¿De su ruindad, ó de mi pobreza de corazón?

—Tu corazón no es pobre—interrumpió Hautefeuille con no menos vivacidad—cuando se siente la amistad que por mí sientes...

—Soy amigo tuyo porque tú lo eres mío, querido

Pedro—respondió Olivier con acento sincero—. Además, los sentidos no tienen cabida en la amistad, y mucha en el amor, y mis sentidos son crueles. Mi deseo ha sido siempre malo; la voluptuosidad, y no sé qué levadura de ferocidad, se han agitado en lo más hondo de mi sér cada vez que mi carne ha sido conmovida profundamente. No justifico esto, no lo explico; es así; y todas mis relaciones, desde la primera hasta la última, han sido envenenadas por este extraño tormento de odio—insistió—. ¡Hasta la última! ¡La última, sobre todo! Fué en Roma, hace dos años. Si alguna vez he creído amar, fué entonces. Había encontrado en aquella ciudad única una mujer única también, tan diferente de las otras, con tanto valor, tanta gracia en el corazón, sin una mezquindad, y hermosa... ¡tan hermosa!... Después, nuestro orgullo se hirió mutuamente. Ella había tenido amantes antes que yo lo fuera suyo. Uno por lo menos. Un ruso muerto en Plevna. Ya lo sabía. Estos celos insensatos, injustos, inexpresables, los celos por un muerto, me hicieron cruel para aquella desventurada antes de la primera cita, desde el primer beso. He sido brutal. Ella era altiva y coqueta. Está vengada. Tomó un amante antes de abandonarme, ó al menos yo lo creí así. En suma, me causó tan horrible daño, que me aparté de ella un día, bruscamente, sin un adiós, jurando no buscar nunca emociones por caminos como aquél. Estaba en la mitad de mi vida. De las experiencias sentimentales porque había atravesado me quedaban tal descorazonamiento, tal tristeza interna, que tomé la resolución de cambiar mi vida por cualquiera otra, con la idea de que no podía ser

peor. Hay matrimonios de razón, de sentimiento, de conveniencia, de interés. Yo he hecho un matrimonio de cansancio. Pienso que el caso no es raro. Lo raro es que se confiese como yo lo confieso. No he tenido nunca más que una originalidad: la de no ser hipócrita conmigo mismo, y espero morir sin haberla perdido. Esta es mi historia.

—Sin embargo, parecía que tú amabas á tu novia —dijo Pedro—. Y si no la hubieras amado, ó lo creyeras así á lo menos, tú, el hombre honrado que siempre conocí, no te hubieras casado con ella.

—Ni la he amado, ni he creído amarla —respondió Olivier—. He tenido la esperanza de que la amaría. Me he dicho que, al contacto de aquella alma tan diferente, tan nueva, y en una vida distinta de la pasada, sentiría lo que jamás había sentido. Si una vez más *he deseado y he ensayado sentir*.—Y recalco estas palabras con singular energía—. Este es el verdadero mal de este final de siglo y el mío: la busca obstinada de la emoción. Para tranquilizar mi conciencia, me he dicho: «Si yo no me caso con esta joven, otro se casará con ella; uno de esos innumerables pillos de París, que no deseará más que su dote. No seré yo un marido peor.» Además, he esperado que tendría un hijo. Creo que hoy mismo esto me conmovería. La experiencia está hecha. Han bastado estos seis meses. Ni mi mujer me ama, ni yo á ella, ni la amaré nunca. Pero tienes razón: en mí queda el hombre honrado que mantendrá su palabra del mejor modo posible.

Pasóse la mano por la frente y los ojos como si pretendiera arrojar de su imaginación las terribles

ideas que acababa de evocar con tan brutal franqueza, y más tranquilo añadió:

—No sé por qué te entristezco con estas cosas en este momento... Mas sí lo sé. La culpa la tiene este bosque, el color de este cielo, el recuerdo de hace dieciséis años, preciso hasta la obsesión. Esto ha concluído. No me respondas, no me consueles.

Y sonriendo franca y cariñosamente, dijo:

—Ahora hablemos de ti. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te va? El Mediodía te ha curado, lo veo en tu semblante; pero en tales casos, mientras el sol nos hace bien, el fastidio nos causa tanto mal que todo se compensa.

—Te aseguro que no me fastidio —respondió Pedro.

Comprendía que Olivier no podía ni debía ir más lejos en sus confesiones, y él mismo, con el corazón desgarrado por lo que acababa de oír, comprendía también que era preciso esperar, para tocar aquellas heridas que repentinamente se le habían mostrado, á que estuvieran menos sangrientas, menos exasperadas. ¿Qué hacer más que prestarse á la curiosidad de su amigo? Además, era preciso que Du Prat fuese preparado si permanecía allí algunos días, viéndole ir y venir y hacer visitas. Continuó, pues:

—¿Cómo vivo? No lo sé... Me dejo vivir... Salgo un poco más que de costumbre. Tú no has podido apreciar el encanto de Cannes por haber estado aquí poco tiempo. Es la ciudad de los corrillos; preciso es pertenecer á uno ó dos para sentir la dulzura de este sitio. He tenido la suerte de caer en el más agradable de todos. El *tennis*, el *golf*, los tés de las

cinco, las comidas aquí y allá. Se está en la primavera antes de sospechar que han acabado los meses de invierno. Además, hay el *yazhting*. Tal como me ves, cuando he recibido tu telegrama del Cairo, estaba en Génova á bordo del barco de un americano, el señor Marsh, al que te presentaré; es muy original y te distraerá.

—Lo dudo—respondió Olivier—. Los americanos y yo no nos entendemos. La inútil energía de esas gentes me fatiga. Los he visto en el Cairo y en el Nilo. Hombres y mujeres riquísimos, activos, instruidos, observándolo todo, comprendiéndolo todo, sabiéndolo todo, dirigiéndolo todo. Habían dado, ó daban entonces, ó volvían á dar, la vuelta al mundo, y representábanme moralmente esos titiriteros de las ferias, que devoran á la vista del público un pollo crudo, una suela de bota, una docena de balas de fusil, y que encima beben un vaso de agua fresca. ¿Dónde almacenan el gran número de impresiones incoherentes que reciben? Es un enigma. En fin, tu *yankee* debe de ser distinto puesto que te ha gustado. Y ¿qué príncipe reinante ó destronado había á bordo de su barco?

—Ninguno—respondió Pedro, al ver que la misantropía de su amigo se disipaba—. Estaba su sobrina, miss Florencia, que tiene poco de ese estómago de avestruz, del que te burlas; pinta, es arqueóloga, química, pero también una simpática joven. Había una veneciana, la marquesa de Bonnacorsi, una veronesa viviente.

—Me agradan más pintadas—dijo Olivier—. Esa semejanza de las italianas con los cuadros de los gran-

des maestros, causaba mi desesperación en Roma. Se entra en un salón; en un sofá se ve á un Luini hablando con un Corregio. Se acerca uno; el Luini se prepara á contar al Corregio la última novela francesa, la más bestia generalmente, y el Corregio escucha al Luini con un interés que hace que te disgusten para siempre las madonas de los dos pintores. Pero en vuestro barco había una partida cosmopolita. Dos americanos, una italiana y una francesa. ¿Cuáles eran los otros pueblos representados?

—Francia, París, mejor dicho, y Austria. París, por los dos Chesy. Conoces á la mujer: Ivona... ¿No te dice nada este nombre?... La señorita Bressuire...

—¿La muchacha con la que tu hermana quería casarme, y que iba escotada hasta los riñones...? ¿La que á los dieciséis años se pintaba ya? ¿Quién es su amante?

—Pero ¡si es la más honrada de las mujeres!—replicó Pedro.

—Entonces representaba á París bastante mal... Pasemos á Austria.

—¿Austria?...—respondió Pedro.

Vaciló un momento. Sabía que, más pronto ó más tarde, le sería preciso mencionar á su querida delante de Olivier; y si había hablado del viaje en el yate, fué para nombrarla en aquella primera conversación. Y ahora sentía miedo. ¿Qué comentario provocaría aquel nombre idolatrado en su irónico amigo? Su voz temblaba cuando repitió:

—¿Austria?... Estaba representada por la baronesa de Carlsberg, á la que precisamente has visto en Roma... Hemos hablado de ti...

—En efecto—dijo Olivier—; la he visto en Roma. A su vez había vacilado. Al oír caer de los labios de su amigo, y en el silencio del bosque, aquellas palabras, su emoción fué tan violenta que su rostro se transformó. Aquella vacilación, aquel cambio, la respuesta misma de Du Prat, todo hubiera debido advertir á Hautefeuille de un misterio. Pero no se atrevía á mirar á su amigo, que, dominándose, añadió:

—Es verdad. El Archiduque tiene una quinta en Cannes. ¿Es que ahora viven juntos?

—¿Estaban, pues, separados?—preguntó Pedro.

—Legalmente, no; en realidad, sí—respondió Olivier.

Era demasiado galante para permitirse el más ligero epigrama contra una mujer que había sido su querida. El amargo y profundo rencor que la guardaba se manifestó en un cambio extraño: no queriendo, no pudiendo decir de ella nada malo, alabó al hombre, al que más detestaba en el mundo, á su marido.

—¿Por qué no se entendían?—dijo—. Jamás lo he sabido; pues ella es muy inteligente, y él un hombre superior. Es uno de los tres ó cuatro personajes, con el Emperador del Brasil, el Príncipe de Mónaco y el Archiduque de Babiera, que ocupan un alto puesto en la ciencia y rehabilitan los tronos. Parece que es un sabio...

—No niego que sea un verdadero sabio—respondió Hautefeuille—, pero es un hombre abominable. Si, como yo, le hubieras visto en el salón de su mujer, haciéndola una triste escena ante seis personas, sentirías admiración por la Baronesa por soportar la

vida cerca de ese monstruo..., aunque sólo fuera un día, y la compadecerías.

Esta vez había hablado con apasionada convicción. En cualquier circunstancia, Olivier, que sabía lo poco aficionado que á demostraciones de aquel género era su amigo, hubiérase asombrado de la vivacidad é interés que demostraba. La emoción que experimentaba aumentó entonces su asombro. Le miró. En aquel rostro, del que desde la infancia había seguido todas las metamorfosis, notó una expresión para él desconocida. Con rápida intuición entrevió, no toda la verdad, pero bastante de ella para conmoverse—. ¿La amaría Pedro?—Esta pregunta acudió á su mente de un modo súbito y espontáneo, como si una voz extraña la profiriera á pesar suyo. Era demasiado inesperada, demasiado dolorosa también, para que no produjera en el ánimo de Du Prat una reacción instantánea—. ¡Estoy loco!—se dijo—. ¡Es imposible!—Pero al mismo tiempo comprendía que le faltaban fuerzas para interrogar á su amigo sobre la manera como había conocido á la señora de Caslsberg, sobre su excursión á Génova, sobre la vida que ella llevaba en Cannes. Existe esta incapacidad para hacer investigaciones ante ciertas hipótesis que interesan profundamente el corazón—. Respondió únicamente:

—Sin duda tienes razón... No hablaba más que por hablar.

Continuó la conversación sin que el nombre de la baronesa Ely fuera pronunciado de nuevo. Ahora los dos amigos hablaban del viaje á Italia y á Egipto. Pero despertada la duda, no se duerme porque así lo queremos. Hay como una fuerza instintiva que traba-

ja en nosotros á pesar nuestro, hasta que ha satisfecho su ansia de saber lo que desea. En aquel largo paseo, al regresar del mismo, durante la comida y después de ella, toda la atención de Olivier se reconcentró de un modo involuntario, incesante y doloroso en torno de Pedro. Bromeaba; respondía á su esposa; daba órdenes para el servicio; pero todos sus sentidos estaban en acecho, y ante él se descubrían mil señales que no había advertido en los primeros momentos, por estar entregado á la alegría de volver á ver á su amigo, y después por sus ideas sobre sí mismo y su propio destino.

En primer lugar, en todo el aspecto de Pedro, en sus miradas, en sus ademanes, en su actitud, había esa indefinible pero evidente señal de una personalidad viril más firme. La feroz timidez de otra época había cedido el puesto á la reserva altiva que la seguridad de ser amados da á los jóvenes delicados y románticos. Signo de una dicha secreta era también el éxtasis tierno que se veía en el fondo de sus ojos y la vaguedad de la mirada. Nunca, cuando en otra época hablaba Olivier con su amigo, le halló tan distraído. Los enamorados son así. Os hablan, les habláis, pero ni se escuchan ni os escuchan. Su alma está en otra parte. La de Pedro estaba sobre un punto del barco alumbrado por la luna; en la escalera de un antiguo palacio italiano; en la quinta Helmholtz; bien lejos de la mesa de comedor del hotel y de la señora de Du Prat, á quien se le olvidaba servir de beber, de Olivier, al que no veía siquiera. Y además, había en él mil detalles en los que se conoce la mano de una querida que no quiere que su amante haga un ade-

mán sin encontrar la caricia de su recuerdo. Pedro llevaba en el dedo meñique una sortija que su amigo no le había visto nunca. Dos serpientes de oro enlazadas, con una esmeralda por cabeza. A su reloj uníase una medalla de San Jorge que antes no tenía. Al sacar el pañuelo esparcía en torno un perfume que no usaba antes. Olivier había tenido muchas aventuras amorosas para no comprender el valor de todos estos detalles, que indicaban una influencia femenina, y que se unían á la inexplicable amistad entre Pedro y Corancey, á la afición del primero por el mundo cosmopolita, á la repentina frivolidad de sus costumbres. ¿Cómo no deducir de todo esto que Pedro estaba enamorado? Pero ¿de quién? La vivacidad con que había atacado al Archiduque, ¿era una prueba de que amaba á la señora de Carlsberg? ¿No había defendido con la misma vivacidad á la señora de Chesy, celebrado la belleza de la señora Bonnacorsi y la gracia de miss Marsh? Mientras Olivier estudiaba á su amigo con la tensión casi maquinal de sus nervios, de su imaginación y de su lógica, estos tres nombres se le aparecían uno tras otro. ¡Ah! ¿Cómo hubiera deseado otro indicio, entre los demás uno solo, pero irrefutable, para arrojar, para aniquilar la otra hipótesis, la que había entrevisto un instante, lo preciso para obsesionarle como la más funesta, la más horrible pesadilla!

A eso de las once, y pretextando dejar descansar á los viajeros, Pedro se retiró. Olivier también se despidió de su mujer, y entonces comprendió que le era físicamente imposible soportar aquella incertidumbre. En otra época, cuando Pedro y él se encon-

traban juntos en el campo, si uno de ellos sufría de insomnio, iba á despertar al otro, y salían para pasear juntos en la noche y hablar indefinidamente. Pensó Olivier que este sería el más seguro medio de arrojar la idea, contra la que sentía, sin comprender por qué, un impulso de rebelión irrazonado, violento, casi salvaje. Sí... Hablar con Hautefeuille le haría bien, aunque ignorase lo que le diría. La más elemental delicadeza vedábale pronunciar toda frase que pudiera despertar las sospechas de su amigo, cualesquiera que fuesen las relaciones de éste con Ely de Carlsberg. Pero ¡las conversaciones íntimas tienen tantos azares! Tal vez una entonación, una mirada, un gesto, serían el indicio tan ansiosamente deseado, después del cual no pensaría más en la posibilidad de que Pedro amase á su antigua querida. Estaba ya acostado en el momento en que le acometió esta idea. Automáticamente, y sin reflexionar más, se levantó. Bajó la escalera del inmenso hotel, ahora silencioso, y llegó á la puerta del cuarto de Pedro. Llamó. Nadie respondió. Llamó más fuerte. El mismo silencio. La llave estaba en la cerradura. Entró. A la luz de la luna, que entraba de lleno por la ventana abierta, vió la cama intacta. Pedro había salido.

¿Por qué Olivier sintió entonces un sobresalto repentino, seguido de un inexpresable acceso de melancolía? Púsose de codos en la ventana. Vió el inmenso horizonte; la serenidad de aquella noche meridional; las estrellas que resplandecían sobre el terciopelo azul del cielo, el oro pálido de la luna, cuyo reflejo acariciaba el mar movible y suave; las luces de la ciudad, que brillaban entre las masas negras

de los jardines. El aire tibio traía el aroma de los naranjos. Para un amante que tenía una cita, ¡qué divina noche! Y ¡qué divina también para un enamorado soñando á lo largo de las calles con la mujer amada! ¿Era Pedro este amante? ¿Había ido á una cita? ¿Era sencillamente el enamorado que soñaba en la soledad llena de aromas? ¿Cómo saberlo? Olivier recordó á Ivona de Chesy, con la que había bailado. Evocó las italianas y las americanas que había conocido para componer una marquesa de Bonnacorsi y una Florencia Marsh ideales. ¡En vano! La imaginación iba hacia Ely de Carlsberg, hacia aquella mujer de la que conocía las más íntimas bellezas, hacia aquella querida tan reciente y tan presente aún, hacia aquellas caricias de las que había gustado el sabor, y arrojó este suspiro triste en aquella noche pura:

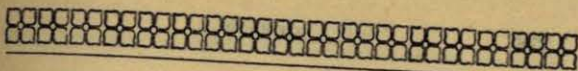
—¡Ah! ¡Si le ama, qué desgracia! ¡Dios mío, qué desgracia!

Este suspiro se perdió en la blanda y voluptuosa brisa, y ésta no le llevó á aquel que le hacía brotar, y que en aquel mismo momento penetraba por los macizos en el jardín de la quinta Helmholtz, como lo había hecho otra vez, y se deslizaba hasta la puerta del invernadero. Una mujer, temblorosa de amor y de miedo, le esperaba. ¿Miedo de qué? No era el de ser sorprendida en aquella cita de amor: el ánimo de Ely no conocía estas debilidades. Pero no ignoraba que Olivier había llegado aquel mismo día. Sabía que había pasado la tarde hablando con Pedro, y que se pronunció su nombre. Estaba segura de que Pedro no había revelado su secreto. Pero ¡era tan joven, tan sencillo, tan transparente á la primera mira-

da, y el otro tan penetrante, tan perspicaz! Iba á saber si su amor había sido ó no adivinado por Olivier, y si aquel hombre había prevenido á su amigo contra ella para vengarse. Al oír el paso de Pedro, furtivo y lento, sobre la arena, su corazón palpitó con tal fuerza, que escuchó su latido en el silencio del invernadero. Estaba allí. Sintió que su mano respondía cariñosamente á la suya. La tomó en sus brazos. Buscó su boca, y sus labios se unieron en un beso, en el que ella le poseyó hasta el fondo del alma. —*El otro no ha hablado*—pensó—. Por las mejillas de la mujer amorosa corrieron lágrimas, lágrimas cálidas que el amante enjugó con sus labios, preguntándola:

—Pero ¿lloras? ¿Qué tienes?

—Te amo—respondió ella—. Lloro de alegría.



VIII

EL AMIGO Y LA QUERIDA

Olivier Du Prat creía conocerse muy bien. Era una de sus pretensiones, justificada á menudo. Por su gusto, manía casi, de analizar su vida; por su afán de emociones y la imposibilidad de fijarse jamás en ninguna; por su ineficaz lucidez sobre sí mismo; por su complacencia en las inclinaciones mórbidas, inquietas, de su propia naturaleza, era realmente, como había dicho á Hautefeuille, un niño de este fin de siglo. Tenía de esta edad, tan profunda y trágicamente turbada que atravesamos, un signo funesto, que es la marca infalible de la decadencia en una raza: *no sabía curar*. La fuerza de la vida, lo mismo para un cuerpo que para un alma, para un país como para un hombre, no está en la ausencia de llagas, sino en la capacidad para cerrar las que se abren. Olivier carecía de tal modo de esta capacidad, que hasta al pensar en las lejanas miserias de su infancia se le presentaban con tal fuerza que le causaban daño. Al recordar la víspera á Pedro su paseo por las montañas de Auvernia, había pensado en voz alta, como sin cesar pensaba bajo, con una poderosa imaginación,